

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

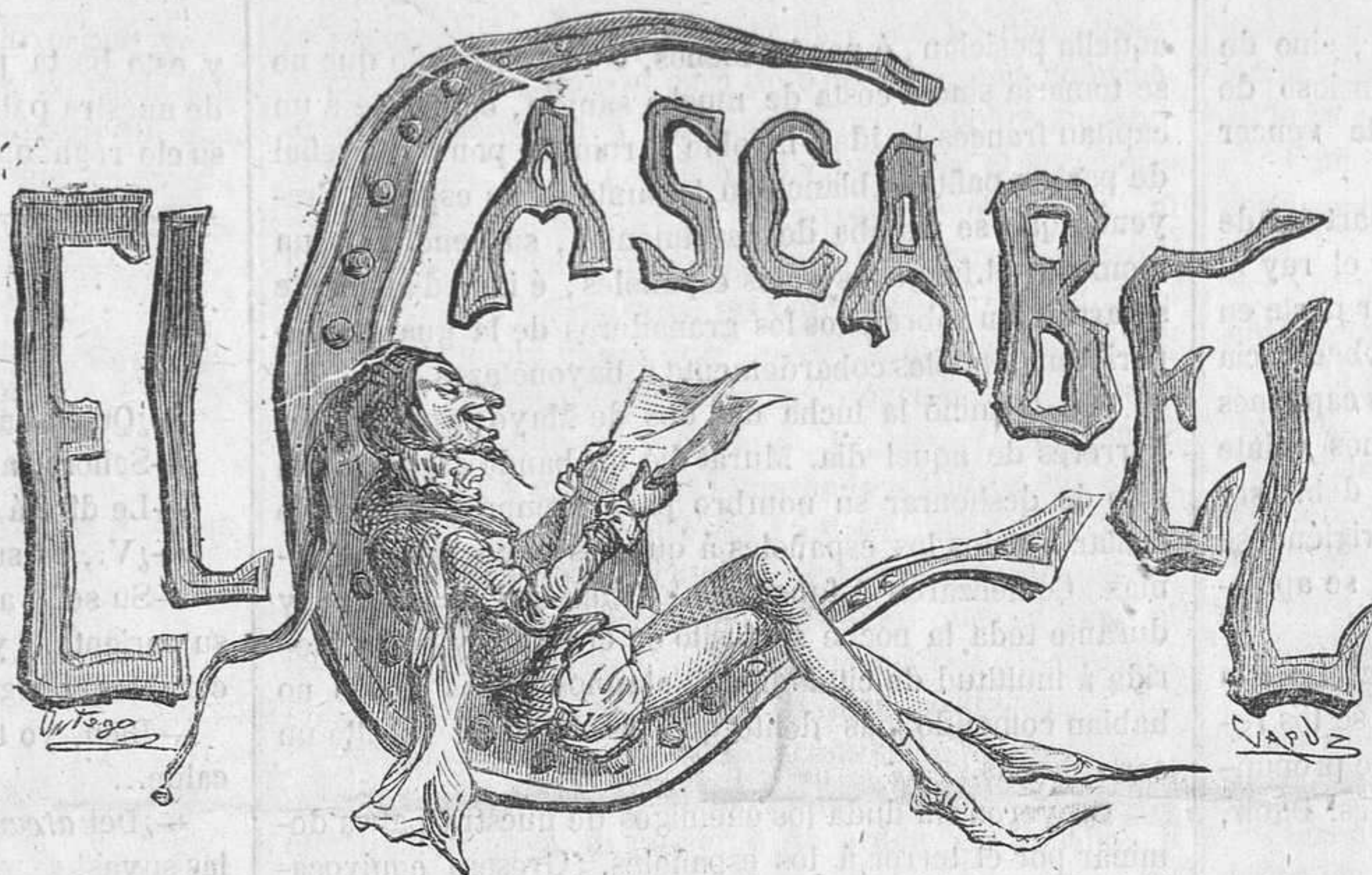
PROVINCIAS

Tres meses.. 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Calle de las Huertas, núm. 40, principal.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. 38 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Calle de las Huertas, núm. 40, bajo.

DOS DE MAYO.

Siempre antigua y siempre nueva la historia de nuestras glorias nacionales, tiene para nosotros un encanto que nada puede reemplazar. Y entre todas las glorias españolas, ninguna excita más entusiasmo que la del *Dos de Mayo*. Otras quizá mayores se encuentran en la historia de nuestra patria, pero esta tiene el privilegio de ser la más celebrada, sin duda porque no hay ninguna que sea tan verdaderamente popular. Las demas son glorias casi exclusivas de un hombre, llámese Gonzalo de Córdoba, D. Juan de Austria ó Guzman el Bueno. En el *Dos de Mayo*, como en toda la guerra á que dió principio, el héroe fué el pueblo español, sin distincion de clases, los que llevaron á cabo aquellas hazañas inmortales eran hombres oscuros que para pelear contra las huestes del siglo y vencerlas despues de una lucha de seis años no tuvieron más guía que su patriotismo ni más ambicion que lograr la independendia nacional.

Sabida es la manera traidora con que logró Napoleon I que sus ejércitos penetraran en España, posesionándose de todas las plazas fuertes, y enseñoreándose de

la nacion que les habia abierto los brazos, creyéndoles amigos.

El vencedor de Austerlitz, aprovechando hábilmente las graves disidencias que habia en la familia real española, obligó á ir á Bayona á Carlos IV, Maria Luisa y Fernando su hijo. Allí consiguió que el primero declarase nula su abdicacion de Aranjuez y reivindicase la corona de España para cedérsela á él, que quiso obsequiar con ella á su hermano José, rey de Nápoles.

Sólo quedaba en Madrid una pequeña parte de la familia real, y Napoleon, que tenia prisa por ver realizados sus planes, dispuso que se trasladase tambien á Francia. Comunicó á Murat sus órdenes, y este dispuso que la partida se verificase el dia 2 de Mayo de 1808.

Desde el amanecer habia en Madrid gran agitacion. El pueblo, que adivinaba lo que sucedia y que comprendia sus consecuencias, se agrupaba en la plaza de Palacio desde las primeras horas de la mañana, en actitud si no completamente hostil, al ménos poco tranquilizadora.

Murat, que temia algun molin, habia colocado en dicha plaza un batallon de infanteria, cuya vista, en vez de apaciguar los ánimos, servia para irritarlos.

Salió de Palacio el primer coche en que iba la reina de Etruria, y como esta señora era poco querida, el pue-

blo la vió partir con indiferencia; pero al presentarse el carruaje en que iban los infantes D. Francisco y D. Antonio, la cosa varió de aspecto.

Sabiase que estos niños se habian resistido á marchar, notó la multitud que lloraban, y esto bastó para que el interes general creciera.

Una vieja sin poder contenerse, gritó:—¡Que nos los lleven!—y cien brazos se abalanzaron á detener los caballos, cuyos tiros fueron cortados en un momento, impidiendo por de pronto la marcha.

Entónces el batallon frances que de antemano se hallaba en la plaza, hizo una descarga sobre la apiñada multitud, hiriendo y matando á una porcion de indefensos ciudadanos, cuyo delito consistia en amar á su patria.

La noticia de este hecho horrible cundió por toda la capital con la celeridad del rayo, produciendo hasta en los ánimos de los más pacíficos la indignacion que es de suponer.

Todo el que tenia un arma se apoderó de ella inmediatamente y se lanzó á la calle; y aun los que estaban desarmados se dispusieron á combatir á los franceses, sirviéndose de piedras, muebles y hasta palos, como si con tales elementos fuera posible resistir á los soldados vencedores de toda Europa.

CAPITULO VIII.

Diálogo junto al hogar.

Por Blanca era efectivamente el canto que habia oido el barbero. Los amantes son imprudentes por lo regular. Urbano amaba por la primera vez, porque no se le puede dar el nombre de amor á esos caprichos de un momento, que mueren tan pronto como nacen. Los jóvenes de aquellos tiempos solian tener caprichos lo mismo que los de hoy dia; pero cuando llegaban á enamorarse, se enamoraban mucho más que los de nuestra época.

Un primer amor hace cometer por lo regular muchas imprudencias; al segundo se tiene un poco de más experiencia, y al tercero se camina más sobreseguro.

Pero Urbano no se cuidó de tomar precauciones, tenia constantemente delante de sus ojos la encantadora figura que habia visto detras de los cristales, y sólo pensaba en volver á tener la felicidad de contemplarla. Lo que habia oido referir á las comadres del barrio habia fortificado sus esperanzas, y quizás hasta habia aumentado el dulce sentimiento que le habia inspirado la joven; pues la historia de la huérfana tenia cierto tinte romancesco, y las cosas extraordinarias suelen inflamar bien pronto una cabeza de diez y nueve años, mucho más si pertenece esta á un enamorado.

Pero ántes de buscar el medio de vencer los obstáculos para obtener la persona amada, es menester empezar por hacerse amar de ella, sin cuyo requisito se convertirian en nada todos los planes que se hubieran podido formar. Se puede prescindir de los celos de un rival, de la vigilancia de un tutor ó de la cólera de un padre, pero no se puede prescindir de ningun modo de la indiferencia del objeto amado: delante de este obstáculo se desvanecen como el humo todos los proyectos de dicha. Al mismo tiempo que se hacia Urbano la sencilla reflexion de que lo que debia hacer en primer lugar era hacerse amar de la huérfana, habia dirigido sus miradas sobre un pequeño espejo de once pulgadas cuadradas que se hallaba colocado sobre su chimenea, (porque en aquel tiempo los espejos estaban muy caros, y un joven estudiante no tenia mucho lujo en su habitacion, como ahora, que por lo general no pueden abundar en ellas los bronce y las porcelanas.) El espejo mostraba á Urbano que tenia unos ojos muy hermosos, á los cuales el

—¿Y bien?

—Estuvo reflexionando algunos instantes; se conoce que titubeaba, pero entónces he echado mano de toda mi elocuencia, la he dicho que el marques se moriria de desesperacion si no, y...

—¡Imbécil! ¡Era acaso necesario todo eso?

—¡Ciertamente que era necesario!... Dudaba si le concederia ó no la cita.

—¿Pero la concedió al fin?

—Sí, al cabo la concedió, pero gracias á la habilidad que tuve para hacerla decidirse.

—¿Mañana á la noche?

—Sí, á las ocho...

—¿En dónde?

—En el puente de la Tournelle...

—Está bien...

—Despues que obtuve la cita, le hice un lazo á mi espada y...

—Bueno; eso no me interesa absolutamente nada.

—Sin embargo, es menester que se diga que al salir rompí sin querer un cristal, por el cual tuve que pagar un escudo, que espero me será abonado por ti. ¡Ah!... Se me olvidaba decirte que la joven se llama Julia y que es italiana... Ya ves que no he perdido el tiempo. ¿Estás contento de mí?

—Sí, no lo has hecho del todo mal, dijo Touquet, aproximando una mesa en la cual habia colocado Margarita dos cubiletes y un jarro lleno de vino. Aparte de tu eterna charla, estoy contento de ti... Vamos, bebe un poco de vino...

—¿Llamas charla á la exactitud de los detalles? dijo Chaudoreille vaciando de un trago uno de los cubiletes llenos de vino. Te digo todo eso para que no creas que no gano el dinero que se me da. En cuanto al cristal, necesitaba hacerte conocer esta circunstancia para que supieras que de los diez escudos que me habias dado no me quedaban más que nueve. ¡Ah!... Se me olvidaba decirte que la cinta verde que compré, me costó dos escudos, de manera que descontados de los nueve no quedan más que siete.

—¡Dos escudos por esa cinta! dijo el barbero arrojando una mirada un tanto burlona sobre la empuñadura de la famosa Orlanda. ¿Sabes Chaudoreille, añadió Touquet, que has errado tu vocacion? Debias haber sido procurador, pues te hubieras dado tal maña para hacer tus cuentas, que pronto hubieras desplumado á todos tus clientes.

Pero allí no se trataba de dar una batalla, sino de hacer la generosa protesta de todo pueblo, ansioso de morir por la patria, ya que no le era posible vencer por ella.

Las tropas españolas encerradas en los cuarteles de orden de la junta de gobierno, establecida por el rey al marchar á Bayona, ardian en deseos de tomar parte en el combate; pero la disciplina las retuvo en la obediencia de sus jefes y la inacción más triste: sólo dos capitanes de artillería y un teniente de infantería, con unos veinte soldados, creyeron que la voz del patriotismo debía ser oída con preferencia á la del deber militar, y dirigiéndose al parque, situado en el edificio de Monteleon, se apresuraron á la lucha.

Los nombres de estos tres oficiales han pasado á la historia, y nuestros lectores no necesitan que se los recordemos, porque ni uno solo habrá dejado de pronunciarlos desde que comenzó á leer estos renglones: Daoiz, Velarde y Ruiz.

No podemos referir el combate, porque en Madrid no hubo verdadero combate. Lo que se verificó en aquel día fué una matanza en que los madrileños vendieron caras sus vidas, y pelearon como héroes en todas las calles y plazuelas, teniendo que sucumbir en todas partes al número y á la superioridad de las armas, de la organización y de la pericia.

Hechos hubo notables en todas partes, y muchos madrileños se cubrieron de gloria en aquel terrible día. En la carrera de San Jerónimo el portero de los duques de Híjar, disputó él solo el paso á un escuadrón de lanceros polacos, y murió heroicamente alanceado por aquella famosa caballería. En otras muchas calles hubo hechos parecidos, que dieron ocasion al ejército frances para comprender la bravura del pueblo con quien tenía que habérselas.

Donde los franceses encontraron una resistencia más seria fué en el parque de artillería.

Los capitanes Daoiz y Velarde habían colocado en la puerta dos cañones, que ellos mismos servían como artilleros, y que fueron tenazmente defendidos por el teniente D. Pedro Ruiz con sus soldados de infantería y algunos paisanos.

Varios ataques de los franceses habían sido rechazados, dejando los agresores sembradas las calles inmediatas de muertos y heridos; y desconfiando de apoderarse de

aquella posición, ó por lo ménos, comprendiendo que no se tomaría sino á costa de mucha sangre, ocurriose á un capitán frances la idea inmóvil y ruin de poner en señal de paz un pañuelo blanco en la punta de su espada. Creyendo que se trataba de parlamentar, suspendieron un momento el fuego los leales españoles, é inmediatamente se arrojaron sobre ellos los granaderos de la guardia imperial matándolos cobardemente á bayonetazos.

Así terminó la lucha del dos de Mayo, pero no los horrores de aquel día. Murat dió un bando capaz por sí sólo de deshonorar su nombre para siempre, mandando fusilar á todos los españoles á quienes se cogiese con armas. Comenzaron á funcionar los consejos de guerra, y durante toda la noche se fusiló en el Prado y en la Florida á multitud de ciudadanos, algunos de los cuales no habían cometido más delito que llevar en el bolsillo un cortaplumas.

Creyeron sin duda los enemigos de nuestra patria dominar por el terror á los españoles. ¡Grosera equivocación!

El alcalde de Móstoles dió el grito de guerra, poniendo un famoso parte, cuya redacción y ortografía son las siguientes:

«Madrid perece víctima de la perfidia francesa. Españoles, á las armas. Móstoles 2 de Mayo de 1808.»

EL ALCALDE DE MÓSTOLES.

A los pocos días toda España estaba en armas; dos meses después, el ejército frances de Andalucía se veía obligado á rendirse en los campos de Bailen, y su general en jefe firmaba una capitulación tan vergonzosa como las que últimamente han firmado otros jefes del mismo ejército en Metz y en Sedan.

Y así dió principio esa heroica guerra, que ha hecho para siempre inmortales los nombres de Zaragoza y de Gerona; esa guerra que hizo ilustres al Empecinado y á Mina, á D. Julian Sanchez y al cura Merino, á Manso y Palafox, á Alvarez y Castaños. Guerra en que si muchas veces fueron vencidos los españoles, jamás fueron dominados, y en la que nuestra patria pudo añadir al largo catálogo de sus victorias, los nombres de Arapiles y Albuera, Talavera y Ciudad-Rodrigo, el Bruch y Vitoria.

Tal fué el dos de Mayo y tales sus consecuencias. Siempre que una nación se vea obligada á luchar por su independencia, tendrá que invocar el ejemplo de España,

y esto basta para que los españoles estemos orgullosos de nuestra patria, y amemos cada vez más este hermoso suelo regado con la sangre de nuestros padres.

DIALOGOS DEL DIA.

- ¿Quién llama?...
 —Señora, abra V. ¿Vive aquí D. José Malasangre?...
 —Le diré á V., vive y no vive.
 —¿V., es su mujer?
 —Su señora, sí señor, ó su esposa, como V. quiera, ó su parienta... y más me valía haberme metido en las incurables, pongo por caso.
 —Bien, yo traigo prisa; aquí le traigo de orden del alcalde...
 —¿Del arcade?... ¡Adios! ¡á que ha hecho alguna de las suyas!
 —No señora; le traigo la cédula de vecindad, que ayer estuvo él á reclamarla y dijo que se le trajera aquí, porque no llevaba encima los diez y ocho reales.
 —¿Y á mí qué me trae V. con eso?
 —Que me tiene V. que dar diez y ocho reales...
 —¡Yo!... ¡Hombre! me ha gustado V., de veras que me ha hecho V. tilin... ¿Conque diez y ocho reales?... Pues si tuviera yo diez y ocho reales ¿sabe V. dónde estaria yo?
 —Pues señora, su marido de V. dijo que se trajera aquí la cédula de vecindad.
 —Pues mire V. aquí no nos tratamos con la vecindad. Conque no nos hace falta.
 —Mire V. que le van á sacar la multa.
 —Por mí ya le pueden sacar lo que quieran.
 —Mire V. que para ir á todas partes necesita llevar la cédula.
 —¡Cá! No señor, para ir á casa de la viuda del Cojo, que es donde él está todo el día, no necesita cédula, no lo crea V...
 —¿Pero la toma V., si ó no?
 —Yo no la tomo más que cuando voy á cumplir con la iglesia.
 —Esta es una burla...
 —La de V., puede.
 —Le va á venir perjuicio á su marido de V.
 —Me alegro... El gasta esas bromas conmigo; cuando

— 74 —

- ¿Qué quieres decir con eso?
 —Quiero decir que esa cinta vale lo más quince sueldos.
 —Sí, para un pobre estudiante ó para un desconocido, no te digo que no, pero cuando se representa á un gran señor, es muy diferente; los comerciantes aprovechan la ocasion y no se puede regatear; así es que si me hubiera pedido tres escudos se los hubiera dado sin decir una palabra.
 —Vamos, cálmate, dijo Touquet, sonriendo al ver el calor que ponía Chaudoreille en probar que había gastado los tres escudos. No tengas cuidado, te se abonará lo que hayas gastado...
 —¡Oh! ¡Eso no me da cuidado!... Pero ¿qué debo hacer mañana?... ¿Asistiré á la cita?... ¿Robaré á la jóven?...
 —No, eso me toca á mí; puedo servirme de tí para levantar la caza, pero no te creo á propósito para batirla.
 —¿No me conoces bien todavía, mi querido Touquet!... ¡Yo creía que harías más justicia á mi habilidad!... ¡Si tú supieras cuántas intrigas he terminado felizmente!... ¡Soy un Argos, no se me escapa nada!... ¡Sería capaz de robar á Venus á la vista de Marte; todos los Vulcanos habidos y por haber no serian capaces de infundirme ni la más ligera sombra de temor.
 —No dudo que así sea, pero no quiero hacer la prueba.
 —¡Tanto peor para tí, porque verías cosas sorprendentes!... Ningun obstáculo me detiene. Cuando se me sube la sangre á la cabeza soy un Aquiles. Si alguna vez te encontraras en algun peligro... Si necesitaras en fin alguna vez de mi auxilio... entonces me verías correr hácia tí, rápido como el relámpago, con Orlanda en la mano y...
 —En aquel momento se oyó ruido en la calle, y Touquet agarrando al caballero por un brazo le dijo:
 —Callate... me parece que oigo ruido en la calle...
 —Y á nosotros ¿qué nos importa eso?... ¡serán algunos jóvenes que rien y se divierten!... dejémoslos en paz. Te decía, pues, que acudiría á socorrerte blandiendo mi invencible espada.
 —¡Silencio! ¡desgraciado!... respondió el barbero estrechando con fuerza el brazo del caballero. Empiezan á tocar.
 —Entonces se oyó distintamente el sonido de una guitarra, la cual se escuchaba muy próxima á la casa.
 —Será alguno á quien le gusta la música, dijo Chaudoreille.
 —Chis... escuchemos, dijo Touquet cuya fisonomía expresaba la más

— 75 —

- viva ansiedad, en tanto que nuestro caballero murmuraba en voz baja:
 —No toca muy bien... le hacía falta algunas lecciones mías...
 Al cabo de algunas momentos se oyó una voz, la cual cantó, acompañándose con la guitarra, un tierno romance, cuyo estribillo recordó al barbero las palabras de Blanca.
 —No hay duda, dijo Touquet levantándose bruscamente, es por ella... ¡Ah, temerario! yo voy á quitarte las ganas de volver á cantar.
 Y al decir estas palabras cogió el barbero su largo puñal que estaba colgado encima de la chimenea, mientras que Chaudoreille cambiaba de color y balbuceaba.
 —¿Qué diablos tienes? ¿qué te pasa?... ¿á quién vas á buscar?
 —A un insolente que está delante de esta casa... Ven Chaudoreille... ven conmigo... aunque sean diez yo les aseguro que les ha de quedar memoria de la punta de mi puñal... ven y tendrás el placer de castigar á esos insolentes.
 Y al decir estas palabras, Touquet corrió hácia la tienda considerando que por allí se encontraba más pronto en la calle. Mientras que el barbero descorría precipitadamente los cerrojos de la puerta, Chaudoreille se levantó furioso y se puso á dar vueltas por la habitación al mismo tiempo que exclamaba:
 —¿En dónde diablos tengo la espada?... ¿Dónde la he puesto?... Después, aperebiéndose de que Orlanda no había abandonado su costado, gritó á Touquet que ya no podía oírle:
 —Soy lo más aturdido que hay... en mi precipitación no la veía... Allá voy... no tengo que hacer más que sacarla de la vaina... Vamos, Orlanda... ¿Cómo no brillas ya en mi mano? ¡Ah! es el lazo que la sujeta... maldito lazo... Esperate un poco, querido Touquet... entreténlos un momento... hasta que pueda libertar á Orlanda de este maldito lazo...
 Pero el barbero hacía ya algunos instantes que se hallaba en la calle, mientras nuestro caballero parecía hacer inauditos esfuerzos para tirar de su espada, al mismo tiempo que no dejaba de exclamar:
 —Voy en seguida... ahora me verán esos insolentes de cerca... ¡Maldito lazo!... ¡Sin él habría muerto ya cinco ó seis!

tiene que pagar algo envía aquí á que lo pague yo... pero yo no pago ya. Vaya V. á casa de la viuda del Cojo, ahí en la calle de las Maldonadas, número 80, una taberna, y allí le encontrará V., pero lo que es eso de dar él los diez y ocho reales me parece que no le harán á V. daño.

—Y siendo V. tan guapa, su marido de Vd...

—¡Vaya! ¡vaya! eso ya no lo reza la célula. Vaya usted con Dios.

—Mujer, vengo á buscarte para que vayamos á tomar el sol.

—Buen sol tengo yo, hija.

—¿No quieres salir?

—No.

—¿Y tu marido?

—En San Isidro.

—Pues pronto se va de romería.

—No es eso, es en San Isidro, en la calle de Toledo.

—¿Qué! ¿se ha hecho devoto?

—¿Qué si quieres! va á unas juntas ó que sé yo, donde dice que se trata de su bien.

—¿Y cuánto le dan?

—¿Que le han de dar? Nada, pero dice que allí se trabaja para que mejore su suerte, y que ántes de mucho nos hemos de ver muy ricamente y nadando en la abundancia.

—Vamos, hija, no dirás...

—Sólo que yo no me lo creo; pues hasta ahora lo que ha ganado es no trabajar.

—Pues, ¿cómo?

—¡Toma! como él dice, se ha declarado en huelga.

—¿Y qué es eso?

—Nada, incomodarse y tener gusto especial en fastidiarse y no ganar dinero.

—Pero, ¿le ha ofendido el maestro?

—No; sólo que él ha pedido aumento de jornal y el maestro le ha dicho que no podía aumentar por ahora, pero que le aumentaría en habiendo más trabajo, y él en lugar de continuar como estaba prefirió no trabajar.

—Pues estás divertida, hija.

—No lo sabes bien. Mi marido era y es tan bueno que no hay otro como él; pero amiga, hace dos años y medio que le ha dado por ir á oír á todos los que hablan en público, y tiene en la cabeza tal barullo de ideas buenas y malas, tal confusion, que no sé como no se vuelve loco. El dice que se instruye, pero no se le conoce.

—Mira chica, los hombres son así... les da una manía y no hay que molestarse en quitársela... pero cuando son buenos se les va ella sola á lo mejor... en cuanto piensan un poco. Mi padre (que esté en gloria) el año 48 y el 54, también dió en la manía de que los trabajadores iban á hacer una gran suerte y que se iba á acabar la miseria y otras ilusiones engañosas, pero luego se le pasó.

—Oye tú, Gomez, tú, ¿á quién votaste cuando nos llevaron formados á votar?

—¡Toma! no sé, el sargento me dió la papeleta.

—Pues dicen que le van á ascender.

—¿Al sargento? ¿Y por qué?

—Porque nos llevó á votar.

—Pues hombre, á nosotros también nos deben dar algo.

—Eso creo yo; ¿quieres que nos presentemos al coronel?...

—Ya ves tú, y que en nosotros fué más mérito, pues fuimos á votar sin tener la edad.

—Es claro, siempre es eso más que ir teniendo la edad.

—¡Toma! eso no tiene gracia ninguna.

—¿V. en Madrid, D. Aniceto?... ¿Ha abandonado V. su precioso pueblo de la provincia de Valencia, su bonita casa, con tantas comodidades para venir á esta babel?...

—Si señor.

—Vendrá V. por poco tiempo.

—¡Hombre! hasta que haya una situación en que los hombres honrados estén algo más garantidos de los asesinos.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—Poca cosa; desde la revolucion acá se han cometido muchos crímenes en toda aquella comarca, pero en mi pueblo, vamos, se podía vivir... pero hace cosa de dos meses que empezó allí también el sistema del trabuco, y la semana pasada no hubo más que lo siguiente: el lunes

le pegaron un trabucazo al alcalde, que no dijo ¡Jesus! el mártir, volviendo el cura de confesar á una enferma, le dieron una paliza, y al otro día murió el pobre anciano; el miércoles, al salir de casa de su novia el secretario del comité carlista, recibió un navajazo; el jueves, al presidente del comité republicano le dispararon un revolver, y cuando yo me vine no daba esperanzas; el viernes, á una pobre mujer la robaron y la ataron á un árbol; el sábado, el tesorero del comité progresista encontró á dos *caballeros* que se lo llevaron, y piden por su rescate no sé cuánto, y el domingo tempranito recibí yo una carta diciéndome que si al otro día no iba á un sitio á llevar cuatro mil duros, me encomendase á Dios, porque moriría sin remedio con toda mi familia.—Con que yo tomé el tren, y aquí me tiene V. que voy á ir á ver á Sagasta á preguntarle cómo están los derechos individuales.

—Pero, hombre, ¿en esa situación están los pueblos?...

—Sí señor, en esa, y el mal no hará más que aumentar mientras no haya un gobierno de orden en España, y mientras los decantados derechos individuales sirvan sólo para la impunidad de los criminales.

—Es muy triste eso.

—Sí señor, y tanto: en mi pueblo dentro de quince días no quedará ninguna persona que tenga algo que perder, por poco que sea.

—¿Es el señor de Fornos á quien tengo el honor de hablar?

—Sí señor. Siéntese V.

—Gracias; venía á suplicar á V. que me admita de camarero.

—¿V.? ¿Un anciano tan venerable?

—Diré á V.; yo soy maestro de escuela, hace quince meses que no percibo mi haber y ahora he sido destituido por no jurar la Constitución que han hecho los que no me pagan...

—Pero...

—Como no puedo ver á Ruiz Zorrilla ni á ningún personaje en ninguna parte, y se que vienen aquí unos ú otros todos los días, si V. me admite de camarero tendré ocasión de hacerles alguna insinuación...

—Caballero, lo siento, pero no puedo, porque al saber quién era V. huirían de aquí y me vendría V. á quitar la parroquia.

—Eso puede ser... Los que están hartos no gustan de oír quejas.

—Véngase V. á comer aquí todos los días gratis...

—Muchas gracias, señor.

—Pero no interrumpa V. en sus placeres gastronómicos á mis parroquianos, porque no se lo perdonarían á usted ni á mí.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuacion.)

Por los ferro-carriles vinieron en dos días una porción de batallones de los que habia en Madrid, en Andalucía, Extremadura y otras provincias; nosotros podíamos acudir en pocas horas á cualquier punto de España donde hiciéramos falta, el telégrafo permitía que todos los generales se comunicaran con el gobierno instantáneamente, y todo esto reunido hacia casi imposible la victoria de la insurreccion, si el ejército no tomaba en ella una gran parte.

Ademas los pueblos, aunque simpatizaban con los insurrectos, no querian de ningún modo una guerra.

Se acordaban de lo que habian sufrido durante los siete años, y no querian que volviera á repetirse.

Las facciones, por muchos recursos que tengan, acaban siempre por vivir sobre el país, y aunque su organizacion sea excelente, no dejan de cometer violencias de que á nadie le gusta ser víctima.

Las tropas también molestan con continuos alojamientos y peticiones de bagajes y otros servicios; de modo, que los pobres habitantes de las poblaciones pequeñas son los que hacen el gasto en esas bromas.

Nada de esto se olvidaba en Cataluña, y por eso la guerra civil era imposible.

La campaña no fué muy peligrosa, pero sí penosísima.

No hubo más encuentro serio que uno que tuvo en Aragon el general Pierrad con un general del gobierno, que fué muerto y derrotado, sin que yo pueda decir por qué ni cómo; pues como no estuve en el combate, ni me propongo referir más que lo que he visto, no tengo para qué ocuparme de eso.

Nosotros apenas disparamos algunos tiros.

Las partidas rebeldes huían de nuestro encuentro, y

todo el trabajo de las columnas que los perseguían era andar por montes y llanuras, sin descansar un momento ni lograr nunca darles alcance.

Como ellos eran del país conocían los caminos mejor que nosotros y escapaban fácilmente á nuestra persecucion.

Yo, á los cinco ó seis días de marchas y contramarchas, tenía los pies deshechos y no podía dar un paso.

A la mayor parte de mis compañeros les sucedía lo mismo.

Especialmente los jóvenes que no están acostumbrados á hacer marchas padecen mucho hasta que se acostumburan.

Para los soldados viejos eso no significa nada, y áun les gusta el movimiento, porque en operaciones le dan á uno un real de plus, la disciplina nunca es tan severa como cuando se está de guarnicion, y la vida es más alegre.

Los que aún no sabemos sacar de la existencia militar todas las ventajas materiales que realmente tiene, somos poco aficionados á andar por trochas y vericuetos, con los pies hinchados, la cara tostada por el sol y llevando á cuestas la mochila, y el fusil, que no dejan de pesar bastante.

A pesar de lo que dijeron los periódicos y de las gracias que repartió el gobierno entre jefes y oficiales, nosotros no tuvimos ningún verdadero combate, ni creo que hubo en aquella especie de campaña más que el encuentro de que he hablado ántes, y que costó la vida á un general, el pundonoroso Manso de Zúñiga.

Todo se redujo á andar mucho sin descansar en ninguna parte.

Nos participaban que el enemigo estaba en el pueblo, en seguida emprendíamos la marcha, y cuando llegábamos hacia dos horas que habia salido. Nos alojábamos para descansar, y á media noche tocaban *diana*, y en seguida *llamada* y *tropa*. Los jefes habian recibido otra confianza, que nos obligaba á hacer otro movimiento tan inútil como el anterior.

A lo mejor una de nuestras columnas divisaba á lo lejos algún grupo de insurrectos, se rompía inmediatamente el fuego á una distancia á que no alcanzaban los tiros, se tocaba ataque, los otros echaban á correr, y al poco tiempo los perdíamos de vista. No habíamos hecho más que gastar pólvora, tronchar algún arbolillo de un balazo y sudar un poco corriendo por aquellas montañas. Pero luego nuestros jefes nos decían que nos habíamos portado valientemente, y sin pérdida de tiempo se daba parte de que tal columna habia alcanzado á los rebeldes, derrotándolos completamente y apoderándose de dos escopetas y una canana, porque es claro que entre los fugitivos no faltaba quien arrojase sus armas para correr mejor.

Con este motivo el gobierno recompensaba á los jefes y oficiales, y yo creo que para esto se habia mandado hacer fuego y dado aquella especie de accion.

Por fin, el capitán general de Cataluña, que, como es natural, hacia de general en jefe, tuvo la feliz ocurrencia de ofrecer indulto á todos los sublevados que se presentasen en el término de tres días.

La insurreccion se deshizo como la sal en el agua.

Los rebeldes, viendo que nadie les secundaba y hartos de andar de ceca en meca, con riesgo de ser cogidos y fusilados, se presentaron á centenares.

Yo no puedo decir lo que me alegraba de ver que aquello terminaba tan pacíficamente.

Pasaron los tres días, y aunque las partidas no se habian disuelto completamente, como estaban ya tan reducidas, al mismo tiempo que se activaba la persecucion se concedió un nuevo plazo, en el cual todo quedó concluido.

Los más comprometidos entre los sublevados volvieron á pasar la frontera, la gente menuda se acogió al indulto casi en masa, y los más tercios ó ménos afortunados fueron cogidos por el ejército y la guardia civil.

Felizmente no se fusiló á ninguno.

Aunque los consejos de guerra dictaron algunas sentencias de muerte, los reos fueron perdonados, en lo cual tuve yo nuevo motivo para alegrarme, porque el recuerdo de los fusilamientos de Madrid aún me horrorizaba, y por nada del mundo hubiera querido asistir otra vez á semejantes espectáculos.

Ya no quedaba ni un solo insurrecto con las armas en la mano, y á pesar de todo, en lugar de hacernos volver á nuestras guarniciones, dispuso el gobierno que continuásemos recorriendo los pueblos de Cataluña.

Yo no sé qué objeto tendria esto sino el de hacernos romper alpargatas y andar en vano.

Decían que íbamos á restablecer el orden moral.

Creo que no restablecimos nada, y que los pueblos

por vernos no se asustarian, porque ya sabian que existiamos, y estaban seguros de que si se sublevaban otra vez no tardarian en volver á vernos dispuestos á hacer todo lo que nos mandasen, aunque fuera una atrocidad.

Aquellas marchas ya no eran muy molestas.

Haciamos jornadas cortas, y en muchos pueblos nos deteniamos dos ó tres dias.

Ademas aprovechabamos para marchar las primeras horas de la mañana y la caída de la tarde, de modo que ni el calor ni el cansancio podian rendirnos.

Aquello podia sufrirse perfectamente, y casi era hasta sano y divertido.

Los soldados siempre tienen buen humor, en ningun batallon falta alguno que lleve una guitarra, y al acabar una jornada, despues que cada uno va á su alojamiento y deja en él el fusil y la mochila, todos salen por las calles, y hasta que se toca retreta' no falta broma, música, canciones, y á veces un poquito de baile en medio de la plaza ó en las heras del pueblo.

Los soldados son una especie de niños grandes, que nunca se cansan, con cualquier cosa se divierten, y siempre están contentos.

En los pueblos no éramos generalmente muy bien recibidos.

Los alojamientos son cosa muy incómoda, sobre todo para la gente pobre.

El alojado no tiene derecho más que á que le den cama, luz, agua, vinagre, sal y asiento á la lumbre.

Pero los soldados suelen tomarse otras muchas cosas, entre ellas la libertad de echar requiebros ó retozar con las muchachas de la casa, sean amas ó criadas, y esto hace poca gracia á los hombres.

Ademas en la montaña de Cataluña casi todos son republicanos ó carlistas, y ni unos ni otros tenían motivo para querernos mucho.

(Se continuará.)

E. ZAMORA Y CABALLERO.

CASCABELES

El otro dia, un periódico ministerial demócrata y dinástico, decia terminando la reseña de la sesion del Congreso:

«En resumen, el ganado flojo; la presidencia regular.»

Me alegro, me alegro de que sean los mismos liberales los que pongan en ridiculo el sistema representativo. No se hubiera atrevido á decir otro tanto un carlista.

¡Piramidal fué el escándalo que hubo en las Cortes el sábado!

No dirá de esa sesion el periódico ministerial, inventor de la frase, que el ganado fué flojo.

Segun cuenta la mismísima Gaceta, se han descubierto defraudaciones en el giro mútuo del Tesoro.

Ya ven Vds. que la situacion se va moralizando.

Este es el punto negro número diez y ocho mil y tantos.

Dijo el otro dia un señor en el Congreso que los carlistas estaban allí por la tolerancia de los liberalitos.

Es claro, todavía no han podido matar á garrotazos á todos los carlistas.

¡Son muy liberales los liberales de la situacion!

Se está repartiendo el número doce de *Los Niños*, (año 2.º), que contiene lo siguiente:—*El Respeto*, por D. Juan Cancio Mena.—*El godo y el agareno* (con viñeta), romance histórico por Arnao.—*Cantos infantiles*, por D. Antonio de Trueba.—*Armada española*, dos viñetas que representan *Cuerpo general de la armada*, *guardias-marinas*, *contramaestre*, *pilotos* y *marinería*.—*Los dias de la abuelita*, (con lámina de Padró).—*Cinco dueros*, por Rovira y Aguilar.—*Guerra infantil*, (continuacion).—Página autógrafa de D. Manuel de Seijas Lozano.—Magnífica portada de *D. Quijote de la Mancha*, dibujo de Ortego, grabado de Capúz.

Ya sabiamos que los hermanos Hanlon Lees y el niño Bobby habian de obtener una ovacion en el circo de Price, como la han obtenido en Barcelona, donde los vimos, y en todas partes.

Nunca se han visto ejercicios gimnásticos hechos con más aplomo y con más ligereza y maestria.

Creemos que estos artistas van á llenar muchas noches el circo de Price.

Su Dios es su vientre.

¡Con cuánta exactitud cuadran estas palabras del sagrado libro á los *situacioneros*!

Los banquetes continuan á la órden del dia, lo cual probará á nuestros lectores la idea arriba emitida, y que la *politiquilla progresera* se agita de nuevo en su mezquino círculo.

A primera vista parece indiferente que estos señores repitan sus *comilonas*; pero no es así.

Es un sintoma alarmante y de muy mal agüero para el pais, pues es bien sabido que cuando los progresistas comen, España entera suele ayunar.

Sus banquetes son el barómetro de la política.

Así, cuando estos señores se reúnen á comer con frecuencia, es evidente prueba de que la atmósfera política está húmeda, desapacible y preñada de vapor, que puede llegar á condensarse y producir una deshecha tempestad.

Coman ellos y beban á mandíbulas batientes, tengan una mayoría *dócil* y *bien educada* que les ayude á sostener el indispensable presupuesto, aunque sea votando el restablecimiento de los consumos, una escandalosa capitacion ó un impuesto, si necesario fuese, sobre los que tienen las narices largas y despues otro sobre los chatos, que lo demas es cuento.

La cuestion es vivir á todo trapo sobre el pais, ó como si dijéramos, á estilo progresista.

Caigan dias y vengan ollas, es decir, banquetes; es la síntesis de la política situacionera.

Y bien mirado, no les falta razon á los pobrecitos.

Recuerden Vds. si no aquella antigua coplilla...

Quien por comer no se mata
lo demas es pa-ta-ra-ta.

Ahora no se hace más que discutir las actas y hay un escándalo ó dos ó tres cada dia.

Cuando el Congreso acabe de constituirse y se meta en las honduras de la política, se va á venir abajo el edificio.

Habrá que formar un cuerpo especial de órden parlamentario para que contenga á los diputados, y será cosa de no pasar siquiera por la Carrera de San Jerónimo mientras haya sesion.

El parlamentarismo se acredita de esta heccha.

Se ha prorogado hasta el 20 de Mayo el plazo para adquirir (por 18 reales del pico) las cédulas de vecindad.

Los progresistas tronaban contra los moderados porque impusieron cédulas á 2 reales y á 1, y ahora ellos nos las ponen á 18.

En esto sí que no dudarán Vds. que hay un progreso verdadero.

En Santiago se va á crear una casa modelo de dementes.

A mí me parece que ya hay una en la Carrera de San Jerónimo de Madrid, bajo la advocacion de *santa libertad* y *benitos derechos individuales*.

Parece que se va á conceder ascenso á unos cuantos generales.

Pues señor, para vosotros es el mundo, hijos.

Hemos tenido ocasion de visitar en Pamplona el gran taller donde el Sr. D. Conrado García construye los órganos que llevan su nombre, y que ya han sido adquiridos por muchas iglesias de América, y lo serian por casi todas las de España si el gobierno cumpliera el sagrado compromiso de pagar al clero y el culto.

El Sr. D. Conrado García ha logrado hacer por precios módicos órganos que hacen igual ó mejor efecto que los más caros de grandes dimensiones.

Conviene advertir que cuantas materias entran en la composición de los órganos-Conrado son producto nacional, y que el Sr. García construye en su taller todas las partes necesarias de dichos magníficos órganos.

Damos la enhorabuena al Sr. García por sus adelantos y por su constancia, que no cede ante la consideracion de que se halla en un pais donde la indiferencia y la política lo matan todo.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR.

En España, ya es sabido,
las situaciones políticas
suelen acabar con solo
un toque de botasillas.

Un trompeta.

CHARADITA.

La primera y la segunda dice la muchacha al novio cuando conoce que el padre tiene muy abierto el ojo; primera, tercera y cuarta si no vino, vendrá pronto, y aunque nos moleste mucho lo habremos de sufrir todos; prima y tercia es cierto pueblo del español territorio; cuarta y primera del ciego dice con lástima el prójimo; segunda, cuarta y tercera, y ya casi te la nombro, no es un tenor, pero puede que sea el tenor su esposo; cuarta es cruel monosilabo; segunda de noche tomo; y el todo es un militar que en tiempos tan patrióticos, si vive en provincias, vive lleno de penas y enojos, sin cobrar lo que ha ganado por sus servicios notorios.

ANUNCIOS

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —9

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.º. En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España. Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados. Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente. A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871. Administracion en Madrid, calle de las Huertas, 40, bajo. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

A LAS SEÑORAS.

En ocho lecciones se enseña á coser á máquina con perfeccion. Honorarios, 6 rs. cada leccion. Abada 15, segundo derecha.

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal. Castañilla 9 id. id. Carbon de encina 20 id. id., peso exacto. Tahona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

MÚSICA PARA PIANO.

Cuatro schotischs, un real. Cuatro mazourkas, un real. Cuatro walses, un real. Ocho habaneras, un real; franco de porte.—F. Ripalda, editor. Constitucion, 54. Pamplona.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU,

remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion. TOS

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Aliño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último período de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el dia. Dr. Andreu. (14)

FÁBRICA DE CORSÉS HIGIÉNICOS

y de otras clases.

COMPETENCIA CON TODAS LAS FÁBRICAS CONOCIDAS HASTA EL DIA.

Los hay desde 5 á 100 rs. Fajas ortopédicas desde 24 rs. en adelante. Se hacen sobre medida.—Mayor, 56, comercio de sedas.

CONSEJOS A LAS MADRES

PARA CRIAR BIEN A SUS HIJOS

ESCRITOS POR EL SABIO DR. DONNÉ

VERSION CASTELLANA

Un tomo de 20 pliegos, se vende á 8 reales en Madrid, en la Administracion de EL CASCABEL. Se envia á provincias á quien envíe 16 sellos de medio real ó una libranza de dos pesetas.

MADRID.—1871

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECOLETOS.)